

ELISABETH DÍAZ CASTILLO
Javier Ramírez Viera



Escritia.com
JavierRamirezViera.com
Amazon.com

2010, Las Palmas de Gran Canaria, España.
ISBN 1453864229
EAN-13 9781453864227
Printed in USA-Impreso en Estados Unidos.

Todos los derechos reservados.
Quedan terminantemente prohibidas, sin la autorización escrita del titular del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares de la misma mediante alquiler o préstamos públicos.



ELISABETH DÍAZ CASTILLO

Javier Ramírez Viera

INTRODUCCIÓN

Me llaman Tigre, a secas, y no salgo de ninguna estúpida película de karate.

De oídas, el que me han puesto puede parecer un poco fuera de lugar, pero, entre los míos, solemos tener motes por el estilo. A menudo sólo basta echar una ojeada al sujeto a rebautizar y, sobre la marcha, se nos viene a la mente el que le viene que ni pintado. Y, en caso de no encontrarle ningún reparo que lo diferencie significativamente de la media, sólo hay que esperar a que haga algo, o le suceda cualquier cosa, que se salga de lo común. Entonces, el sobrenombre no lo tendrá por la pinta, sino por lo que hace, lo que le han hecho o lo que no ha podido hacer.

A mí me eligieron sin muchas vueltas el de Tigre por esas manchas blancas en mi piel, las que visten sobretodo mis manos. Porque, a Dios gracias, en mi rostro apenas se notan. Por ellas, en mi adolescencia, cuando empecé a sufrirlas, muchos señores con la añada propia de los abuelos, gente a menudo de la calle y que no pintaban nada en mi vida, como supuestos entendidos me tildaban de leproso o acaso amante de los hombres, y sería por la tinta apenas rosácea de mi calvario. Las madres, simplemente cuidaban a sus hijos de no promoverlos en el juego a mi vera. Por éstos, ellos mismos ya se cuidaban, aunque cabría decir que mi ser no era del todo un repelente, sino un atrayente, pero de problemas y burlas, sobretodo de abusos en la escuela. Allá, incluso un profesor se unió a la histeria de los mocosos, bien promovida en sus hogares, y tuvo la absurda idea de proponer al consejo escolar que levantasen en el aula una mampara donde aislarme. Algo así como si tuviera una enfermedad letal; dimitió, dando ejemplo de lo absurda que parecía ser toda la gente que me rodeaba... o que acaso tentaba no rodearme, mejor dicho, pero al cabo no terminaba sino de tenerla siempre encima.

Por donde heme, las cosas de mi tierra Sudamericana, nada más que hacerme que mejunjes y sortilegios de toda clase por parte del, creo recordar, cerca del millar de brujos y brujas que visité de la mano de mi madre; no sé ni cuántas veces me llegaron a echar pipí por la cabeza. Aún siento vergüenza de cuánto gastó esa señora en esa extraña picadura de la inmoralidad que muchos señalaban como un parto en mala hora de luna llena, que, la que tuvo y retuvo la panza que me formara, mirara de frente algún eclipse o que se me engendrara en una noche santa para con una gesta de muy mal gusto. Curioso que, en toda teoría, anduviese de por medio el enigma de las estrellas, como si mi cuerpo fuese recorrido exactamente por una imprecisa fotocopia de la vía láctea.

Ya de mayor, con los veintiún años, supe que mi *rollo* era algo así llamado vitiligo. Trata de una alteración de la pigmentación de la piel que no tiene más que consecuencias estéticas, que, para tipos más complicados que yo, puede llegar a suponer algún desequilibrio psicológico. Baja estima, que se entienda. Quizá grandes gafas de sol y dejarse una barba abundante.

Por fortuna, mis preocupaciones en la vida eran otras bien distintas y hasta el enterarme de que mi particularidad ya estaba descrita en libros de medicina, como los anales de un club de fútbol, me hizo sentir si acaso un poco menos conforme con mi estado de excepción, pues mi particularidad no era quizá tan divina como creía haberla visto hasta entonces. Pero, me repito, poco me importaba todo eso. Incluso el mote de Tigre me gustaba. Ni me molesté en querer saber si habría medicamentos para tratarme.

En fin, que en casa era donde por único podía escuchar de viva voz mi verdadero nombre, Carlos. Así de insigne suena. Raro, entre los nuevos Emersons, Edwins y Harrisons... Y juro no estar para nada entre anglosajones.

Tampoco suena muy normal que les diga que soy una especie de gángster, y se lo remito así porque el otro día

dieron una película de un karateca de verdad dando mamporro a hombretones de negro que no le acertaban con sus armas automáticas ni estando sobrios.

Nosotros no solemos fallar tanto... Ni andamos sobrios...

¿Un tigre...? ¿Un gángster...? ¿Qué es todo esto? Pues que, así como me parezco poco a un felino, al menos tan poco como para que la gente accediera a ponerme Tigre por no hacerlo con El Leproso, asimismo mis cuentas con Dios tienen cierto aire a lo que generalmente se conoce por mafioso. Y lo soy, pero no de corbata y gafas oscuras, como de película. Soy real. De a pie. De hecho, de ciclomotor, más que otra cosa. Un gángster vestido como una persona normal, con cara de tipo normal. De hecho, poco que ver con los gorilas de la tele porque a *mi bien parecido* le han hecho comparaciones a tonto del pueblo, y cara de tonto. Poco agradecido, pero muy esclarecedor en lo que hago; pura eficacia, sin rodeos. Buen gángster, si lo que importan son los resultados.

...Pero aquella vida quedó atrás. Acá en España sólo soy un colombiano más. Uno que para estos tres meses tiene una incierta contrata con cierto señor de reformas que me paga las mañanas para hacer los portes de sus obras. Para ello no tengo carnet, para circular con un camión que requeriría un reporte especial... pero, de seguro, en mi tierra me las jugué con materias más peligrosas como para renegar cualesquiera trabajo en un país tan pacífico como éste.

Comparto piso con tres hombres más. Todos ellos de mi especie, excepto uno de Ecuador, mientras me embarco en lo que sea, a ratos y fortuna, y tanto busco chatarra como le pinto la cocina a la propietaria del apartamento. Y allá cada cual de los cuatro en sus faenas de la vida cotidiana, del *rebusque* en tierra extraña. Casi todos hemos hecho de peón de obras alguna vez. Y nadie echa en falta al que duerme en el sofá si acaso se retrasa y no viene una noche, porque igual le pagan la madrugada haciendo no sé qué o lo ha embrujado una mujer. Porque todos compartimos la voluntad de trabajar donde sea, que allá en casa ya lo

hicimos una vez, y todos nos regresamos, si podemos, a la hora de cenar, donde a veces charlamos si acaso no nos hemos topado ya en el bar de latinos de la esquina.

Se diría que somos almas gemelas. Si acaso un mismo fin para el día de hoy: recoger para los papeles, los nuestros y los de nuestras familias, y los pasajes para traerlos a España. Una meta dura y larga, penosa y llena de altibajos.

Para nada compartimos un pasado... Y seguro que, del cuarteto, si acaso hubiese que señalar a quien llevara la muerte de más de un hombre a las espaldas, que quizá no en la conciencia, al último al que se señalaría sería a mi persona. Y, sin embargo, nadie más que yo, el que encaja en toda esa vida de perros, que me guardo las cosas más tan adentro que ni siquiera mi esposa supo nunca quién era. Por eso, inclusive hoy, que paso la peor época de mi vida, nadie acierta a decir que trabajar, para mí, es lo más duro del mundo. No estoy acostumbrado al trabajo físico... Para nada... pero llevo la servidumbre en la cara y agacho la cabeza en cada mandato, el del menos talentoso que acaso me señale cualquier bulto a cargar o escaleras a fregar a cambio de unos pocos euros; los Castellano me enseñaron esa humildad. Ya sabrán porqué.

...Pero a veces es necesario hacer un cambio. Por mucho que desee que cualquier día llegue alguien y me pase un buen fajo de billetes por quitar a otro cualquiera de en medio, ser hoy “decente” es el único camino que me queda. Porque, a veces, a la gente sólo les queda un camino a seguir. Y nunca mayor ejemplo que el de mi jefa.

Sí, no me he equivocado. Mi jefa. La señora de mi difunto jefe; cuesta mucho decir *jefa* en Sudamérica, cuando lo dice un sudamericano., pero es así.

Ella tuvo que cambiar. Y no fue un cambio sencillo, sino uno de la noche a la mañana. Uno capaz de socavar toda creencia y alma. Uno que rompía pedazos su convicción de madre y mujer. Porque tuvo que pasar de ser una acomodada ama de casa, perdida en un mundo de ensueño en el que jamás tuvo reparo en saber de dónde sacaba los

dineros su marido, a una víbora pupila de todos nosotros, de los “hombretones” de su esposo.

Ésta que les cuento es su historia. La historia de una mujer convertida en diablo por demonios como nosotros.

Ésta es la historia de Elisabeth Díaz Castillo.

PRIMERA PARTE
Elisabeth hija

Capítulo primero

El diablo asoma

A menudo, las grandes cosas tienen un comienzo insignificante. Ese parecer lo entendía y daba explicación Elisabeth Díaz Castillo como paralelismo entre las evoluciones de su vida y los primeros pasos del libro que, *a priori*, guió su existencia, La Biblia, donde todo empezaba con una tenue luz... tras crearse La Tierra y Los Cielos.

La Tierra, pesada como tal, era aquella figura lisa y de eterna niña que detestaba ver en el espejo de pie de la alcoba de su madre, a la que accedía de puntillas cuando fregaban el piso de casa y aprovechando que toda la prole que era su familia esperaba afuera, en el patio.

Los Cielos, las miles de fantasías que tenía en su mente con el fin y deseo de llegar a convertirse de una vez por todas en una mujer, desanimada de que el sentimiento como tal le llegara mucho antes que sus verdaderas armas para ello, que no eran otras que las hasta hoy inéditas virtudes de su cuerpo.

Empero, aquel día, el más esperado, trataba del que seguía a su primera menstruación, que se revelaba como la primera señal del futuro que debía llegarle, el que ya veía cumplido con creces en sus hermanas y en todas las demás mujeres del mundo. Desnuda, sin artificio de ninguna clase para con un hogar pobre que no la podía dar ni unos pendientes, con un júbilo pecaminoso y, a medias, asimismo asustada, describió que su pecho había empezado a explotar. Era como si el mismísimo Diablo empujara con sus puños desde dentro de su alma deseando salir, ese Satán tan criticado entre las féminas, pero que cada cual de todas ellas quiere con fuerza albergar en su interior.

Por ahora, el asunto trataba sólo de un ademán, que, no obstante, quedaba ahí perpetuo y en un supuesto crecimiento firme y paulatino, ora lento pero muy notorio, y quizá luego, y ojala, desorbitado; es Colombia, y eso cuenta en una mujer. ...Luego una gota de *aguasangre* cayendo por

el interior de su muslo le recordó que ya había indagado demasiado, que era hora de ponerse todo el vestuario de nuevo, en esa maloliente entrepierna uno de aquellos pañales cortados a tijera y reunirse con su prole con la cabeza entre alta y gacha, porque debía simular que no pasaba nada, que los varones no debían saber, y porque compartía de secretesos y preguntas aquella nueva etapa de su vida con sus dos más inmediatas hermanas mayores, las casaderas de diecinueve y veinticinco años que aún restaban en el hogar.

Jacinta la recibió para ahuecarla bajo su ala, sonriéndola al verla de brazos cruzados para tapar el más obvio de sus delitos. Era la mayor, la que cuidaba de toda la ristra de polluelos propios e impropios de aquella casa, a saber hermanos y sobrinos, que pululaban todo el patio en un escándalo propio de una guardería. En un rincón, los adolescentes, los varones, *hablando mierda*, imitando a los adultos en sus diálogos de fútbol y de mujeres, aunque no supieran aún de ellas o se le hubiera adelantado el enredo propio del afán por las curvas, el suyo por vocación, por haber pillado a alguna pareja en la comuna de al lado haciendo de las suyas donde los arbustos o tras el cuarto del retrete. En otro, las señoritas, vigilando la prole excepto Paola, la otra “en venta”, que cosía los rotos de los uniformes de los niños o pegaba los zapatos. Por doquier, todo Dios en forma aún de angelito de iglesia, casi todos con las cabezas rapadas a cuchilla para enmendar las plagas escolares.

Allí creció Elisabeth, en una especie de colegio propio, con recreo y todo, que era aquella casa de apenas tres dormitorios para una progenie de veinte personas. Más bien, diríase un orfanato, pero de “legítimos”... que también era un decir, porque, a ciencia cierta, sobretudo los citados sobrinos, eran de las madres que había dado al mundo aquella casa, pero que, por vaivenes de la vida y de unos míseros pesos para las que debieron buscarse un sustento a tenor de los empleos de esquina, éste y aquél podrían ser del

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

